

altos de la Colonia. Estas tropas no tirarían más que sobre los artilleros, que serían las diez piezas.

En los potreros que quedan al O. de la Ciudadela se situaría, durante la noche, en el punto *B*, una batería de seis cañones y obuses, que tomarían de flanco, enfilándolas, las diez piezas de la Ciudadela que miraban á la Acordada, y cuyo flanco no habían tenido cuidado de cubrir. En el establecimiento en *B* de nuestra batería, se fundaba el éxito de la operación.

Colocada y cubierta durante la noche, sin que el enemigo la sintiera, su aparición, al amanecer, después de haber roto el fuego la línea de la Acordada, causaría terrible sorpresa y grandes desastres sobre las diez piezas mencionadas, rompiendo ruedas y mástiles, desmontando piezas, volando cofres de municiones y matando artilleros. Todo esto, sin posibilidad de remediarlo, haciendo un cambio de frente rápido, por impedirlo los parapetos que las piezas tenían delante, y después, el foso que corría en toda la extensión del frente, con la dificultad de ejecutar el trabajo bajo el fuego de la línea de la Acordada.

Además, los almacenes de pólvora quedaban precisamente en *C*, en el ángulo N. O. de la Ciudadela, que batían las seis piezas.

Al ver los pronunciados rebotar y reventar nuestras granadas sobre la azotea de los almacenes de pólvora, y los desastres que causarían en la batería, la consternación se hubiera difundido, de manera que tengo la convicción de que la Ciudadela habría sido abandonada.

A los primeros síntomas de desorden, la infantería que sostendría las seis piezas haría un movimiento ofensivo para terminar la derrota y apoderarse del punto.

Con objeto de distraer y hacer poco eficaz el fuego de tres piezas que el enemigo tenía situadas en *D*, mirando al O, se colocarían dos cañones en *E*, en la garita de Belén, los que batirían á aquellas oblicuamente.

La garita estaría bien guarnecida por apoyarse en ella el flanco derecho de nuestra línea.

A menos de ser sentidos durante la noche, y de cam-

biar, en consecuencia, sus disposiciones los de la Ciudadela, todas las probabilidades eran favorables para el triunfo.

En el caso de no lograr un resultado satisfactorio, no quedaba otro arbitrio que tener todo listo para evacuar la ciudad la noche inmediata.

El señor Comonfort, á quien presenté el proyecto con su correspondiente croquis, haciéndole las explicaciones convenientes, me contestó que al día siguiente lo pensaría.

Yo le manifesté que en la guerra las cosas cambian de un momento á otro, y las oportunidades pasan sin volver más.

Me contestó que no tuviese cuidado, que teníamos tiempo suficiente para pensar.

Como ya era tarde, y conocí por sus frecuentes bostezos que quería descansar, me despedí con la triste convicción de que era imposible nuestro triunfo.

En esto, ya habían llegado las tropas que se hallaban fuera, y ocuparon los puestos que se les destinaron en las líneas.

Los Generales D. Alejo Barreiro, D. Domingo Sotomayor y algunos Jefes, renunciaron sus mandos respectivos, manifestando al Presidente que no podían combatir contra sus compañeros de armas que estaban en la Ciudadela.

El Coronel D. Eligio Ruelas continuó con el mando del batallón de tiradores que tomó cuartel en la Universidad, con excepción de un fuerte destacamento que se situó en la Alameda, amenazando á San Diego.

Pocos días después de la llegada de estas tropas, el Comandante de Batallón D. Eligio Dufoo me buscó una mañana para decirme que sabía por buen conducto que el batallón de tiradores se iba á pronunciar.

Inmediatamente subí á ver á D. Ignacio Comonfort para anunciarle el nuevo peligro que nos amenazaba. Después de manifestar su incredulidad, me dijo con la mayor sangre fría, que fuera hablar con los Jefes y Ofi-

ciales de dicho cuerpo, é hiciera por convencerlos, para que no cometieran un acto tan escandaloso.

La comisión no podía ser más comprometida; pero yo la acepté, poniéndome en marcha para la Universidad. Antes de entrar pasé al Cuartel de Ordenes, y le avisé al Capitán D. Fermín Magaña, que estaba en él con una fuerza, lo que podía ocurrir, y la misión que yo llevaba; aconsejándole que tomase las precauciones convenientes para no ser sorprendido, en el caso de que los tiradores verificasen el pronunciamiento. Fui en seguida á la Universidad y hablé con el Coronel Ruelas. Éste me dijo que estaba en la mejor disposición para sostener al Gobierno, pero que no contaba con el cuerpo, porque la opinión estaba completamente en contra; que en el momento iba á mandar reunir á los Oficiales en el cuarto de banderas, á fin de que yo les hablase y escuchase su parecer.

Así lo hizo. Yo desplegué toda mi elocuencia y entusiasmo para convencerlos del deber en que estaban de conservarse fieles; pero apenas concluí de hablar, se me contestó que el partido liberal trataba de disolver el ejército, y que el apoyarlo sería tanto como suicidarse.

En vano traté de demostrar que ningún Gobierno podía existir sin un ejército, que no habría alguien que se atreviese á suprimirlo, que el ejército con la conducta poco leal que venía observando hacia tiempo, era el que se precipitaba á su ruina.

A todo contestaban con las mismas razones, sobre supresión del ejército, y yo me fatigaba sin provecho.

Ya pensaba retirarme sin esperanza, cuando llegó á sacarme del embarazo en que estaba, un Coronel cuyo nombre he olvidado, el Coronel Torres, del Sur, que venía de parte del Presidente á llamar al señor Ruelas.

La oficialidad se alarmó, tratando de impedir la salida de su Coronel, pretendiendo que se iba á cometer con él algún atropello.

Yo me ofrecí para quedar en rehenes en el cuartel, mientras volvía el Coronel Ruelas, y sufrir la misma suerte que él tuviera en Palacio, si no volvía.

El Coronel calmó á sus Oficiales, y tomándome del brazo, me llevó consigo, no permitiendo que me quedase en el cuartel.

Al llegar á Palacio, á dar parte del resultado de mi comisión, me esperaba un Sargento que enviaba el Alférez D. Platón Sánchez, que estaba destacado en la Alameda, con un cañón.

La oficialidad de los tiradores allí situados lo invitaban para pasarse con los de San Diego, y en tan aflictivas circunstancias me pedía órdenes.

Le contesté que procurarse ganar tiempo, aplazando su resolución hasta la noche, mientras yo podía hacer algo para evitar la defección de los tiradores; que entre tanto, tuviese puesta la prolonga en la pieza, y el pelotón de artilleros y los trenistas reunidos, para que en el momento en que los tiradores verificasen alguna acción que indicase su resolución de defeccionar, él pudiera replegarse violentamente á San Francisco.

Le encargué al Sargento que al pasar por este punto avisara al Jefe de él que protegiera, si podía, la retirada de Sánchez, y sobre todo, que estuviese prevenido para recibirlo en su línea.

Corrí en seguida á dar cuenta al señor Comonfort, quien por toda contestación, me dijo que lo avisara al Comandante Militar, que lo era el General D. Joaquín Rangel.

Este señor manifestó que no creía la noticia, y que aunque fuese cierta, no hallaba remedio para el caso.

Le dije que en mi concepto, deberían ser relevados inmediatamente los tiradores, á lo que me contestó, que no veía el modo, hallándose frente al enemigo.

Le repliqué que está previsto el caso de relevar en campaña, y en el sitio de las plazas, á las tropas que están al frente del enemigo.

Me despidió, diciendo que iba á conferenciar con el señor Presidente; y yo, lleno del mayor desconsuelo, me dirigí á tomar algún alimento, pues aun no almorzaba, y el día estaba al concluir.

Apenas llegaba al Hotel del Refugio, donde iba á co-

mer, cuando se oyó un vivo tiroteo por el rumbo de la Alameda. Era que los carabineros (1) sin esperar la resolución de Platón Sánchez, se habían pasado con los de San Diego, en unión de una fuerza de caballería que estaba en la Mariscalá.

Esto produjo un ligero, pero vivo tiroteo, con las tropas que ocupaban el Hospital de Terceros.

Sánchez, como se lo había prevenido, se replegó á San Francisco con su pieza.

Entre tanto, el General Rangel había rodeado la Universidad con tropas y artillería, obligando así á los Jefes y Oficiales de carabineros á que se presentaran al Presidente.

Se dotó á carabineros con nuevos oficiales, y se ascendieron á Subtenientes á muchos Sargentos del cuerpo.

Semejante determinación no produjo ningún efecto favorable, porque los oficiales depuestos se fueron á reunir con los de la Ciudadela, y desde allí mantenían las mejores relaciones con los Sargentos ascendidos.

A consecuencia de la defección de los carabineros que estaban en la Alameda, defeccionó también la fuerza de San Hipólito, con lo que empeoró considerablemente la situación de los que guarnecían el Hospicio y la Acordada.

Al día siguiente del que tuvieron lugar estos acontecimientos, en la noche, me mandó llamar el General Rangel, y después de hacer mil elogios de mi persona y de enaltecer la gran confianza que de mí tenía el Gobierno, me dijo que el General que mandaba en la Acordada la había abandonado replegándose á San Francisco, y que siendo de la mayor importancia que aquel punto no se perdiera, el Gobierno me confiaba su defensa; que en la Plaza de Armas estaban esperándose sesenta infantes del Batallón Degollado al mando del Capitán D. Manuel García y un escuadrón de caballería; que al pasar por San Francisco tomara las dos pie-

(1) Por error he estado escribiendo tiradores en vez de carabineros, que era el cuerpo que mandaba Ruelas. Conste.

zas de artillería de á caballo que estaban allí; que con esta fuerza me dirigiera á la Acordada, y tomase todas las medidas conducentes para su defensa.

Muy extraño me pareció que para la defensa de un edificio se me dieran solamente sesenta infantes, y más de cien caballos que de nada me podían servir.

Pero como al que obedece no le toca hacer observaciones, ni tampoco conoce las miras que se propone el que manda, no tiene más remedio que ejecutar las órdenes que recibe.

Monté, pues, á caballo, me puse á la cabeza de la fuerza, y emprendí la marcha, calculando la manera de llegar á mi destino sin ser sentido por los de San Diego.

Me acordé que el Coronel D. Prisciliano Flores, que ocupaba el Hospicio, había establecido un centinela en un balcón de la calle de Revillagigedo, cuyo centinela detenía á todo el que pasaba hacia la Acordada, para ser reconocido antes de franquearle el paso, exponiéndolo, entre tanto, al fuego de los de San Diego.

Si como era natural, mi pequeña columna recibía orden de detenerse, sería sentida y hostilizada, produciendo esto desgracias innecesarias.

Por el contrario, si no se obedecía la prevención de "alto" que haría el centinela, éste dispararía su arma, daría grandes voces al cabo de cuarto, poniendo en alarma á los de San Diego, produciéndose lo mismo que quería evitar.

También me ocurrió que los pronunciados podían tener alguna tropa dentro de la Alameda, la cual podía tomar de flanco á la columna cuando se prolongara sobre la calle de Corpus-Cristi.

Con el objeto de precaver á mis soldados de ambos peligros, tomé mis disposiciones.

En cuanto salí de la calle del Puente de San Francisco, hice variar á la derecha y formé en batalla en el mirador de la Alameda, dejando libre la boca-calle del puente, para en el caso de ser acometido, no ofuscar los fuegos de los de San Francisco.

Ordené al Capitán García que con la mitad de su fuerza avanzara con el mayor silencio y precaución hasta la puerta de la Alameda, que daba frente á Corpus-Cristi, y allí mandase poner pecho á tierra á sus soldados, mirando hacia adentro del parque, y rompiendo el fuego si advertía enemigo.

En seguida mandé un ayudante al Hospicio, para prevenir al Coronel Flores que mi fuerza iba á avanzar á la Acordada, á fin de que dispusiera que el centinela de la calle de Revillagigedo no diese el *quien vive* ni marcase el *alto*.

Otro oficial recibió la orden de dirigirse con mucha cautela y silenciosamente por las calles de Revillagigedo y Providencia, con objeto de reconocer si no había enemigo, en cuyo caso, saliendo á la espalda de la Acordada, prevendría al Jefe del punto, que tal vez me vería obligado á llegar por allí, con la fuerza que iba á mis órdenes, y que si tal cosa sucedía, no se alarmara la tropa ni diera el "quien vive."

Mi objeto era tomar aquel camino, en el caso de hallar algún inconveniente grave que me impidiera pasar junto á las tapias de San Diego.

A poco rato llegaron los oficiales, que habían cumplido perfectamente su misión.

El que envié al Hospicio me dijo que el Coronel Flores no permitiría que pasara ninguna fuerza si no era con previa orden de la comandancia militar; de suerte que si no hubiera yo tenido previsión, entre las fuerzas de Flores y las de San Diego habrían concluido con mi tropa.

Envié al mismo ayudante á Palacio para que impusiera al General Rangel de lo que pasaba y le pidiera enviara la orden correspondiente.

El oficial que fué á la Acordada encontró el camino expedito, sin haber sido sentido por los de la Ciudadela, y manifestó que quedaba avisado y conforme el Jefe que mandaba en la Acordada.

Después de esperar mucho tiempo, fué pasando el ayu-

dante de la plaza *pié á tierra* para la Acordada.

Hasta saber el resultado, que también se hizo esperar bastante, no podía yo tomar ninguna determinación. Por fin, pude dar mis disposiciones para el avance.

Al Teniente que quedaba con los treinta hombres de Degollado, le previne que con el mayor sigilo marchara á situarse á la puerta de la Alameda que daba hacia el Hospicio, poniendo su tropa pecho á tierra, en observación del interior del bosque y de la puerta del convento de San Diego.

Terminada con felicidad esta operación, mandé que las piezas y la caballería avanzaran lentamente; y antes de llegar la columna á la altura de la puerta que vé á Corpus-Cristi, ordené al Capitán García que cambiara de posición, marchando á colocarse con su tropa á la esquina de la tapia de San Diego, cubriéndose con ella, y observando el convento.

En el caso de que saliera fuerza enemiga, el Capitán García y el Teniente que estaba en la puerta de la Alameda que veía al Hospicio, cubrirían violentamente la boca-calle, conversando el uno á la derecha y el otro á la izquierda, para proteger el paso de las piezas y de la caballería. En el caso contrario, permanecerían en quietud hasta que se les ordenara retirarse.

Tomadas estas disposiciones, detuve la columna á unos cincuenta metros antes del término de la Alameda, y ordené que marchase la primera pieza, la que pasó sin ser sentida por el enemigo. Pasado un rato, hice avanzar la segunda pieza, que también pasó felizmente.

En seguida dí mis instrucciones al Jefe de la caballería, para que la hiciera pasar por subdivisiones, muy despacio, y con cierto intervalo de tiempo, de una á otra.

Por fin, pasó sin ser sentido el último soldado, y entonces hice que se replegase á la Acordada el Capitán García con toda la fuerza que mandaba.

Tomadas las precauciones convenientes de seguridad, se comenzó á fortificar el punto con los elementos que había á la mano.

El Teniente D. Agustín Dretz, con la actividad que lo caracterizaba, comenzó á levantar un parapeto para cerrar la calle, á la entrada del paseo. Para este trabajo se aprovecharon unas grandes planchas de madera que había; de suerte que al amanecer, ya podría cubrirse la tropa en caso de ser atacada. Se reforzaron y aumentaron las aspilleras que daban hacia la huerta de San Diego.

Muy de mañana se acercó á mí el Teniente Coronel Yarza, que mandaba la caballería, manifestándome que siendo él de mayor graduación, no podía estar á mis órdenes.

Le contesté que le sobraba razón, y que si yo había tomado el mando la noche anterior, fué en el concepto de que el jefe de la caballería era inferior á mí; que daría parte á la comandancia militar para que resolviese lo conveniente.

Yarza me contestó muy caballerosamente, que no había necesidad de dar parte, porque él ejecutaría con gusto lo que yo dispusiera; lo que cumplió bondadosamente hasta el fin de la lucha.

Este fué otro peligro á que me expuso el General Rangel, pues si durante la noche se hubiera ofrecido algún lance, y Yarza, habiendo sabido su superior graduación, se rehusa á ejecutar mis disposiciones, sabe Dios que resultado habríamos tenido.

Con la luz del día se pudieron continuar los trabajos de fortificación con más actividad, y yo pude reconocer el punto que creía que se ponía bajo mi mando.

Desde luego hallé que en la Acordada mandaba el Coronel Pérez Vargas, teniendo á sus órdenes un batalloncito que no llegaría á ciento cincuenta hombres, alojado en el cuartel, y la guardia de la cárcel, compuesta de unos cuarenta ó cincuenta hombres del batallón de G. N. Hidalgo, y de cuya fuerza, como era natural, no se podía disponer.

Como el Hospicio lo mandaba el Coronel Flores con total independencia de la Acordada, y la caballería el

Teniente Coronel Yarza, resultaba que yo no tenía mando más que en los sesenta hombres del Capitán García y en las dos piezas de la División de á caballo.

¿Qué objeto se propuso el General Rangel al enviarme á la Acordada en una posición tan falsa? no lo puedo comprender; á menos que no fuera con ánimo de alejarme de Palacio, á consecuencia de lo que había pasado respecto á los carabineros, y al parte que me envió Plátón Sánchez, por el que yo quise prevenir la defección de los que estaban destacados en la Alameda.

No obstante, como el Coronel Pérez Vargas no disponía nada, ni tampoco estorbaba que se hiciera algo, yo continué trabajando, á fin de poner el punto á salvo de un golpe de mano.

Con tercios de tabaco se construyó un parapeto formando escuadra, como se vé en el croquis, con objeto de impedir la salida de los de San Diego por la puerta de la huerta, y al mismo tiempo poderlos contener si aparecían por la esquina de la Alameda.

Se procedió á barricar la puerta de campo del cuartel de la Acordada, y se cubrieron con gente de caballería las aspilleras abiertas en las caballerizas que quedaban detrás del edificio.

En la capilla del Calvario se abrieron aspilleras en ambas puertas, para defender con fuegos de flanco los aproches del parapeto que miraba al paseo, ya fuera que el enemigo viniese por allí ó bien que avanzase por la calle de la espalda de San Diego.

De acuerdo con el Coronel Flores se abrió una puerta en el Hospicio, hacia el callejón de la Acordada, para comunicarse y auxiliarse ambos puntos.

Desgraciadamente, la puerta no se abrió donde yo había indicado, que era al comenzar el callejón, sino casi al fin; de suerte, que viéndola desde la Ciudadela, colocaron un cañón en el rastrillo, de donde enfilaban el callejón para impedir el tránsito por él; y aunque se levantó junto á la puerta un parapeto con tercios de tabaco, éste apenas servía para ocultar á los transeuntes y no para detener las balas de cañón, porque éstas lo pa-

saban con la mayor facilidad, llegando hasta la tapia de San Diego y á veces, pasando sobre ella.

Para evitar que desde las ventanas del convento de San Diego, hiciesen fuego sobre los que tenían que transitar por el repetido callejón, se levantó á la entrada de él un espaldón, construido también con tercios de tabaco, el que ocultaba una puerta abierta en la Acordada. De este modo ya hubo menos peligro para comunicarnos con el Hospicio.

Por lo que hace á la defensa, no había otro medio de hacerla, que la parte baja de los edificios, pues las torres y azoteas de San Diego á ciento y á ciento cincuenta metros, y las de San Hipólito y San Fernando un poco más distantes hacia el Norte, dominaban completamente las alturas del Hospicio y la Acordada.

Aunque un poco más retiradas, al Sureste, quedaban las torres de San Juan y San José, y al Sur, las diez piezas de la esplanada de la Ciudadela, y la infantería de la azotea de la misma. De esta suerte nos rodeaba un círculo de fuego.

Unicamente en las torrecitas de la capilla del Hospicio pudieron colocarse algunos tiradores.

Por supuesto que los pronunciados no descuidaban en enviar emisarios para seducir á nuestros oficiales y soldados, y también espías que nos vigilaran.

El Coronel Flores me mostró varias cartas que le habían dirigido, invitándolo á que se pronunciara, y me pidió mi parecer. Le dije que él obrara según sus sentimientos; pero que yo creía que había más honra en ser vencidos, que en triunfar cometiendo una defección.

Pareció conformarse con mi parecer; por lo que seguimos trabajando en ponernos en buen estado de defensa.

En una entrevista que tuve con D. Ignacio Comonfort llamé su atención al aislamiento en que estaba la Acordada, cuyo punto era de la mayor importancia conservar; y que yo creía, que debían aproximarse algunas tropas hacia aquel rumbo, para poder prestar auxilios eficaces.

Me contestó que la Acordada no era el punto de ataque del enemigo, que el Coronel D. José Justo Alvarez era de opinión que el ataque sería por la Soledad de Santa Cruz.

En vano le hice ver que era natural que el enemigo quisiera unir su línea que se hallaba interrumpida, antes de emprender otras operaciones.

Me preguntó entonces que si creía conveniente que se abandonara la Acordada. Le contesté que nó, porque ya el enemigo dominaba parte de la plaza de armas desde las torres de San Agustín y de Santo Domingo, y perdida la Acordada, enfilaría la única parte que quedaba libre.

Insistiendo yo sobre la necesidad que había de atender á la Acordada, me dijo que fuese sin cuidado; que al primer amago estaría él allí con la columna de reserva.

El Maestro de esgrima del Colegio Militar, que también lo fué mío, D. Antonio Poucel, me fué á visitar, y al despedirse, me dijo en reserva, que procurase cuidarme, porque los de la Ciudadela habían dicho que si caía prisionero, me fusilarían.

No extrañé que algunos de mis antiguos compañeros tuviesen semejantes deseos, porque conocía la exaltación que producen los odios políticos.

Mientras tanto, Comonfort nos tenía abandonados en el punto más comprometido.

El oficial que mandaba en San Fernando, me envió una mujer para que me dijera que avisase yo al Gobierno la mala situación que guardaba, aislado en aquel punto y rodeado de enemigos; que no podía resistir más; que los frailes del convento, las señoras del barrio, y cuantos podían acercarse á la tropa, empleaban cuantos medios de seducción podían, para atraerla al pronunciamiento; que si al día siguiente á las ocho de la mañana no se había tomado una providencia, retirándolo, ó reforzándolo, se vería precisado á tener que ceder á semejante presión.

Corrí en el acto á dar parte al señor Comonfort, el que me dijo con la mayor calma: ¿Cómo es que sabe vd. tantas cosas?

Señor, le contesté, porque inspiro confianza á las gentes, las que no pudiendo llegar hasta vd., me dan á mí las noticias para que las sepa por mi conducto, y hasta ahora, cuanto he dicho á vd. ha salido verdad.

No tenga vd. cuidado, me dijo, esos han de ser miedos del Oficial.

Me retiré confuso, sin saber qué pensar de la conducta del señor Comonfort, y preocupado con la suerte que podía correr el pobre Oficial que mandaba en San Fernando, pues desde el pronunciamiento de San Hipólito su situación era por demás comprometida.

A las ocho de la mañana del día siguiente un repique á vuelo en San Fernando, que siguieron San Hipólito y San Diego, nos anunció que el primer punto se había pronunciado.

En el momento comenzaron á hacer fuego sobre la Acordada; y desde la torre de San Diego tiraban sobre la fachada de aquel edificio que, descubrían hasta unos tres metros sobre la banquetta; de manera que hallándonos tan reducidos en el pedazo de calle que ocupábamos, ya teníamos necesidad de no andar por la acera, porque las balas rebotaban sobre ella.

Solamente desde las aspilleras que daban á la huerta del convento, podía contestarse muy débilmente aquel fuego. Nuestra situación, pues, no podía ser peor.

En la noche fui á Palacio con ánimo de decirle al señor Comonfort que en vista de lo que estaba pasando, tenía decidido retirarme á mi casa, tanto más, cuanto que no me inspiraban confianza las personas que dirigían las operaciones.

En el camino encontré al Lic. Revilla y Pedreguera que estaba en el punto de San Francisco, y confiándole el propósito que llevaba, me dijo que, puntualmente, él iba á Palacio con el mismo objeto, porque veía que nos estaban entregando en manos de nuestros enemigos.

Comonfort nos recibió como siempre, con buen mo-

do. Al oír nuestras quejas y la resolución que llevábamos, se manifestó sorprendido; y dirigiéndose á mí, me dijo que yo desconfiaba de todo el mundo, inclusive del Comandante militar. Le contesté que lo que decía era la verdad.

Me replicó que yo no tenía razón, y que sobre todo, ¿cómo me iba á retirar de un puesto avanzado, dejando en él á mis subordinados que me habían seguido de la Ciudadela?

A estas razones no tenía nada que objetar, y me resolví á correr la suerte que Dios tuviese á bien darme.

Al Licenciado Revilla le dijo también cosas que lo obligaron á continuar en su puesto; y ambos salimos de Palacio para nuestros puntos respectivos, convencidos de que íbamos á ser sacrificados.

Se había hecho un convenio para que diariamente cesasen las hostilidades desde que amaneciera hasta las once de la mañana.

Un día recibí aviso de la Comandancia Militar de que el General Zuloaga, con su Estado Mayor, debería pasar de la Ciudadela para San Fernando por la Glorietta de Carlos IV, y me recomendaba que cuidase no le hiciesen fuego.

Dadas mis órdenes, me fui á almorzar al Tívoli del Eliseo; y cuando pasó Zuloaga salí á saludarlo, cosa que me pareció caballeresca, y al mismo tiempo á quejarme de que durante el armisticio, continuaban en sus líneas trabajando en las fortificaciones.

Don Miguel Miramón, que iba en la comitiva, me dijo que nosotros hacíamos lo mismo.

Le contesté que cumplíamos nuestros compromisos caballerosamente, á lo que me replicó que nosotros no éramos más que unos *tales*; y después me invitó á que les entregase la Acordada, á cuya proposición naturalmente me rehusé.

Que, ¿ha olvidado Vd. que se educó en el Colegio Militar, y que pertenece al ejército? me dijo con cólera.